

Decadencia y viabilidad

LUIS LINARES ZAPATA

Insistir sobre la valentía del señor Calderón no le rehizo su fuero interno, ya tan vapuleado por múltiples tropiezos y banalidades. Las desavenencias del liderazgo priísta, debido a sobrecargas por triunfos electorales presentes y, sobre todo, en vista de los futuros, lo tienen arrinconado contra la pared. Tampoco le acarrió la simpatía instantánea que las primeras hurras lanzadas por los capítostes de la IP, con motivo de la extinción de LFC, parecían anunciar. Los mismos mercados a que tan atentos se muestran sus consejeros hacendistas se mostraron cautos en sus pronósticos de mejoría. Sí, en cambio, un hábito de enojo mal contenido comenzó a extenderse por laderas, calles y montes de esta asfixiada República hasta posarse en el centro anímico de la ciudadanía. El descontento colectivo, aun antes de que se trasladen los incrementos impositivos a los bolsillos ciudadanos, borbotea al borde del abismo.

El recale y la bifurcación de los priístas han puesto de cabeza al alto mando de Los Pinos. De aquí para adelante el señor Calderón sentirá vahídos y contrariedades continuas. Su minoría legislativa no le garantiza ningún piso sobre el cual ejercer, a capricho y sin apuros mayores, su talante iracundo, pequeño, santiaguado y huidizo. Tampoco las maniobras de cooptación y arreglos *en lo oscuro* con los personajes del Congreso y con los mandones estatales le darán el oxígeno que la parte final de su administración parece requerir con urgencia. Menos aún tendrá el sustento partidista tan útil para cualquier navegación bajo condiciones adversas.

El panismo ha dado fehacientes pruebas de no ver ni poder ir más allá de los decadentes mecanismos y rituales que le hereda el sistema de convivencia instaurado hace ya décadas. ¡Ah, los tiempos idos del presidencialismo a la mexicana! La densa capa oscurantista que arroja a puñados la serie de crisis simultáneas que aquejan a México impide la circulación adecuada de promesas, ya nada se diga de realidades de cambio, ensanchamiento de horizontes o progreso sostenido.

México no es, ciertamente, un Estado fallido, como publicitan algunas voces y plumíferos imperiales, pero, tal como va, tampoco es viable. La conjunción y acumulación de una serie, casi innumerable, de crisis sucesivas y sobrepuestas, ha formado un muro infranqueable ante el cual se estrellan los desordenados esfuerzos de muchos. El modelo de producción y gobierno, sazonado en su mero núcleo con el tráfico de influencias, ha demostrado, de manera fehaciente para cualquiera que lo examine con un mínimo de rigor crítico, su total inoperancia.

La economía, en sus vertientes industrial, comer-

cial, turística, financiera o agroalimentaria, presenta un panorama desolador. La Fábrica Nacional es un complejo desconectado y subsidiario, atado por un TLC que la ha forzado a convertirse en maquinaria importadora por excelencia. Los intercambios con el exterior son a tal grado deficitarios que se han hecho insostenibles aun en el corto plazo de un año. No se tiene la posibilidad de atender al mercado interno en casi todas las ramas de actividad, menos todavía salir a competir al mundo con los grandes productores.

La cabalgante crisis social manifestada, con rigor inaudito, por la creciente pobreza niega la esperanza de alivio en el futuro. El peso muerto de millones de consumidores exiliados del mercado formal lastra cualquier intento de emplear economías de escala. La mala educación es ya secular.

Algo similar aqueja debido a la incapacidad de atender la salud de todos y poco queda de margen disponible para transitar a un estado de bienestar que podría, al menos, atenuar las actuales tribulaciones de las mayorías depauperadas. Los apenas 2 mil doctorados que se gradúan al año dejan al país a merced de los centros de innovación científica o tecnológica externos. La condena a la subordinación es el aciago destino que se otea en la actualidad (Brasil gradúa 12 mil doctorados al año, ya no se cita a los de India o Rusia, economías similares, para no sentirse chinches aplastadas).

Las otrora orgullosas instituciones de seguridad social: IMSS e ISSSTE, verdaderas compuertas estabilizadoras, se ahogan con costos crecientes en sus servicios. Sucesivas "reformas" las estrangularon hasta hacerlas incapaces de atender a sus derechohabientes. El relevo de las cuotas patronales, el despido y, en especial, la precariedad indetenible de los salarios han hecho su labor de zapa. La reciente epidemia de A/H1N1 puso al descubierto un sistema de salud sin capacidad para atender a los desesperados que le demandan atención inmediata y eficiente. La nula inversión en laboratorios para la producción de vacunas propias es sólo una cara reveladora de tales carencias. Una vez más, la dependencia del exterior es grotesca y obliga al mismo señor Calderón a poner cara de mendicante ante proveedores externos.

Y así se puede extender la revisión crítica de los demás aspectos de la vida organizada de la nación. Sobresale, por desgracia para la sanidad y el avance de la República, un ángulo corrosivo en todo este desbarajuste: la captura de las instituciones nacionales por los grupos de presión que las doblega y las pone a disposición de sus masivos intereses y sólo a los de ellos. La casi totalidad de los individuos (un puñado de ellos) que integran tales formaciones adiposas se



Fecha 04.11.2009	Sección Opinión	Página 19
----------------------------	---------------------------	---------------------

han adherido al cuerpo de la vida institucional y chupan la savia de los recursos públicos de los cuales dependen para su reproducción y crecimiento deformado y deformador.

La miscelánea impositiva aprobada por los diputados se atrevió a dar un pequeño rasguño (por unos 28 mil millones de pesos) a la famosa consolidación fiscal: el paraíso evasor y de elusión de impuestos que utilizan, al menos, las 400 empresas más grandes y poderosas de México. La protesta no se ha hecho esperar, sus personeros han salido a denostar todo el

paquete y los senadores han acudido presurosos a su agrio llamado. Pueden, los favorecidos de siempre, aceptar todo lo demás del ninguneado aporte de los diputados, pero sus privilegios deben permanecer en la oscuridad impune de donde hay imperiosa necesidad de sacarlos. Ventilar tales privilegios ha sido una tarea de justicieros: un real logro del movimiento que encabeza López Obrador. La feroz insistencia en señalar, con precisión, la desbalanceada distribución de la riqueza que tiene postrada a la nación de los mexicanos, poco a poco impone su ánimo liberador. ■